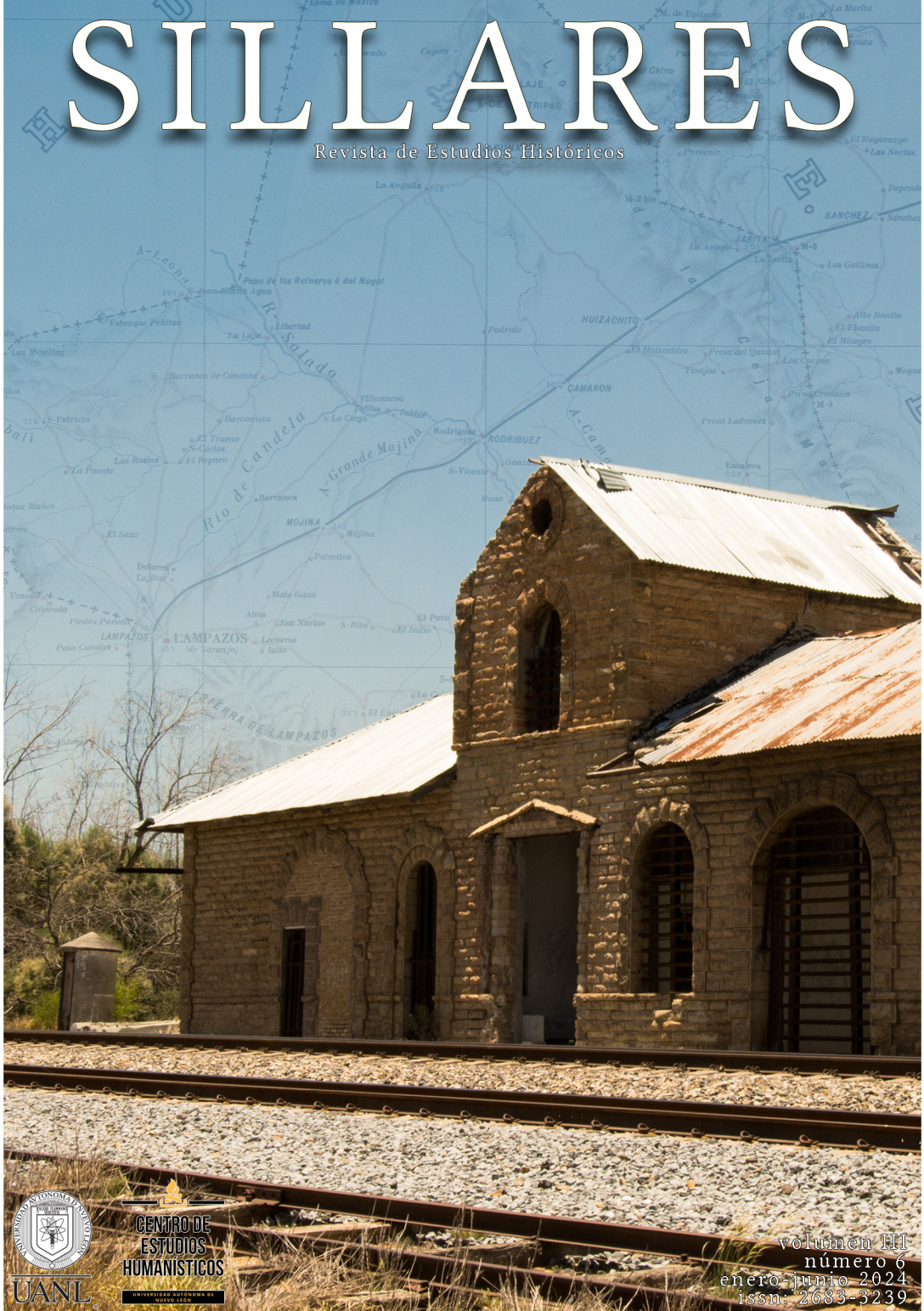


SILLARES

Revista de Estudios Históricos



CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

volumen III
número 6
enero-junio 2024
issn: 2683-3239

Sillares

Revista de Estudios Históricos

<http://sillares.uanl.mx/>

Lucrecia Solano Martino. El jardín de senderos que se bifurcan: Escenario historiográfico estadounidense del siglo XX sobre América Latina

Pedro L. San Miguel
orcid.org/0000-0003-4298-571X
Universidad de Puerto Rico-Río Piedras
San Juan, Puerto Rico

Recibido: 25 de julio de 2023

Aceptado: 23 de octubre de 2023

Editor: Reynaldo de los Reyes Patiño. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

Copyright: © 2024, San Miguel, Pedro L . This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/sillares3.6-111>

Email: sanmiguelupr@hotmail.com

Lucrecia Solano Martino. *El jardín de senderos que se bifurcan: Escenario historiográfico estadounidense del siglo XX sobre América Latina*. San Pedro Garza García: Editorial 42 Líneas, 2022.
ISBN: 978-607-99984-2-4.

Recibido: 25 de julio de 2023

Aceptado: 23 de octubre de 2023

Apelando al famoso cuento “El jardín de senderos que se bifurcan”, Lucrecia Solano Martino propone una aproximación a la historiografía de Estados Unidos sobre México y América Latina. En este cuento, Jorge Luis Borges efectúa una reflexión acerca del transcurrir de los humanos en el tiempo, que concibe no como un limitante destino predeterminado, sino como un abanico de futuros posibles. Para las personas de mi generación, lastradas por visiones que conciben el pasado como obligación, servidumbre o mandato —ya debido al origen nacional, a la pertenencia de clase social, o a la ubicación en el espectro de identidades étnicas, raciales, de género o sexuales—, la propuesta borgiana, a mi modo de ver, brinda la posibilidad de imaginar el porvenir en base a ese principio señero de la modernidad que es la idea de la libertad.

Y esto entronca con la obra de Solano Martino, que constituye una indagación que asume que en ese campo del saber que es la historiografía de los Estados Unidos sobre América Latina ha prevalecido una variedad de perspectivas temáticas, conceptuales, teóricas, ideológicas y metodológicas, instituyendo así un “jardín de senderos” historiográficos. Ese cúmulo de miradas es tan amplio que resultaría dificultoso que una sola obra pueda dar cuenta de la diversidad de tan abigarrado “escenario”. De modo que la autora ha optado por concentrarse en dos de las múltiples vertientes de las investigaciones históricas efectuadas en los Estados Unidos sobre América Latina durante el siglo XX. Por un lado, explora la historiografía sobre el periodo colonial y, por el otro, la historiografía sobre las empresas multinacionales que se establecieron en dicha región y cuyas repercusiones trascendieron por mucho los ámbitos de la economía.

Con la intención de ubicar dicha producción historiográfica en un contexto más abarcador, Solano Martino ofrece un escenario que incluye las principales corrientes historiográficas que, durante los siglos XIX y XX, marcaron la labor de los clíonautas en el mundo occidental. Esta puesta en escena facilita al lector —sobre todo al no iniciado en los laberínticos pasadizos de la historiografía— ubicar en un contexto internacional la producción histórica estadounidense dedicada a América Latina, posibilitando incluso una comprensión comparatista de dicha tradición intelectual. Vale indicar que esta producción también ha estado marcada por los procesos políticos, económicos, sociales

y culturales que han vivido los mismos Estados Unidos a lo largo del tiempo. Ello se patentiza tanto en sus énfasis temáticos como en sus abordajes teóricos y metodológicos, signados por las transformaciones que ha sufrido la sociedad estadounidense, sobre todo en la centuria pasada, cuando, por un lado, llegó a convertirse en una gran potencia mundial, y por el otro, cuando el país pasó por profundas transformaciones sociales.

Pero incursionemos en el primer sendero de la historiografía estadounidense que nos propone la autora. Acertadamente, Solano Martino inicia su libro destacando esa tradición que, en el siglo XIX, inaugura los estudios históricos estadounidenses sobre América Latina, que casi naturalmente se inclinó por las exploraciones y los descubrimientos geográficos y la Conquista. En tal sentido, como atinadamente ha señalado el historiador Mauricio Tenorio Trillo, el “padre historiográfico” de los latinoamericanistas estadounidenses es William H. Prescott en virtud de sus magnas obras acerca de las conquistas por los españoles de los imperios azteca e inca (de 1843 y 1847, respectivamente). Prescott perteneció a un cenáculo de hispanistas de la Nueva Inglaterra que, en el siglo XIX, se interesaron por la cultura y la historia de España (entre ellos el autor de los *Cuentos de La Alhambra*, Washington Irving) y que, como derivado de ello, fueron transitando hacia el mundo colonial hispanoamericano.

Más allá de consideraciones intelectuales y de la fascinación que sintió tan selecto grupo por la cultura española, ese interés por la expansión ibérica tuvo como trasfondo el crecimiento territorial

de los Estados Unidos en esas décadas, que incluyó la guerra con México en los 1840s, lo que conllevó un encuentro —o más bien un “encontronazo”— con lo español y con sus ramificaciones en América. Ese proceso de expansión geográfica y política propició el surgimiento de una importante tradición historiográfica que tuvo como eje central el estudio de esas regiones de los Estados Unidos más próximas a lo ibérico: México, por un lado, y las Antillas hispanas, por el otro. En este interés, por supuesto, también primaron consideraciones geopolíticas. De ahí se desprendió ese énfasis en los conceptos de “frontera”, *borderlands* y afines, asuntos que fueron abordados, como resalta Solano Martino, por figuras como Bernard Moses, Herbert Bolton y, ya en el siglo XX, Edward G. Bourne. Las indagaciones de tales historiadores —ubicados mayormente en las universidades del suroeste y el oeste de los Estados Unidos— se enmarcaron en el crecimiento territorial del país y en lo que conllevó el encuentro con la alteridad, que incluyó a los nativoamericanos, pero también a esos territorios recientemente incorporados a los Estados Unidos, donde México y lo mexicano estaban presentes de formas muy palpables. Esas inquietudes en torno a lo fronterizo fueron sintetizadas por Frederick Jackson Turner en su archifamoso ensayo “The Significance of the Frontier in American History” (1893), que pese a su brevedad es uno de los textos más influyentes en la historiografía de los Estados Unidos.

Originalmente, esas indagaciones estadounidenses en torno a la frontera respondieron a una concepción acerca de la civilización y la barbarie, encarnada esta última por la alteridad.

Desde tal óptica, la frontera se percibía ya como límite, como demarcación entre lo civilizado y lo bárbaro, ya como espacio vacío, inhabitado, por tanto, como salvaje o montaraz. Tanto en un caso como en el otro, se concebía que los espacios fronterizos requerían de la acción civilizadora, ejercida, por supuesto, por los Estados Unidos. Mas eventualmente, como arguye Solano Martino, esa visión se fue modificando: el concepto de frontera fue cediendo para dar paso a la noción de *borderlands* —cuya más cercana traducción al español sería “tierras o zonas fronterizas”—, concepción que, amén de sus connotaciones territoriales, engloba dimensiones sociales y culturales, y que resalta ante todo las interacciones entre los humanos que ocupan y transitan por dicho espacio. Connota, por ende, el reconocimiento de los Otros, que en las concepciones previas eran obviados, estereotipados o menospreciados como agentes históricos. El abandono de estas posturas conllevó la ponderación de los *borderlands* como ámbitos no sólo de tensiones y de conflictos, sino también de convivencias, de imbricaciones, de transculturaciones, de mixturas, mestizajes y aleaciones humanas. Y esto ha propiciado el quiebre de los estereotipos y la alteración de las formas tradicionales de representar el conflicto entre la civilización y la barbarie.

En el ámbito de la historiografía estadounidense sobre América Latina, ello ha entrañado una reconceptualización, que desembocó en novedosas formas de concebir la historia colonial del norte de la Nueva España. Entre otras cosas, estas nuevas

visiones prestan mayor atención a los agentes sociales, por lo que las determinaciones geopolíticas y las narraciones centradas en los Estados nacionales son matizadas por los procesos locales y regionales, signados intensamente por sus dimensiones humanas. En los relatos históricos producidos desde estas nuevas perspectivas, la frontera en cuanto límite, borde, término o margen pierde relevancia, como han demostrado los “estudios chicanos”. Actualmente, son estos los enfoques que, como apunta la autora de esta obra, prevalecen en las indagaciones estadounidenses sobre la región septentrional de México, tanto en las referentes a la época colonial como en las centradas en épocas posteriores.

El segundo “sendero” historiográfico examinado en esta obra se refiere a las multinacionales estadounidenses, cuya presencia en los países de América Latina adquirió una dimensión ominosa tanto por sus implicaciones económicas —como su concentración de la tierra y de los recursos mineros, su explotación de los trabajadores, sus trapacerías comerciales y financieras, sus devastaciones ecológicas, etc.—, así como por sus desmanes políticos y sociales —entre ellos, su apoyo a infames dictadores y sus violencias contra trabajadores y campesinos. Basta recordar esa ficcionalización que ofreció Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad* acerca de esas empresas multinacionales que contribuyeron a imprimirle a varios países de América Latina el despectivo rótulo de “repúblicas bananeras”. Tales empresas se encuentran entre las primeras que se estudiaron en los Estados Unidos, como evidencia el libro de Charles D. Kepner *Social*

Aspects of the Banana Industry, de 1936, o *The Banana Empire: A Case Study in Economic Imperialism*, obra colectiva en la que participó este autor y que fue publicada en 1935 por Vanguard Press, singular editorial estadounidense que publicó en los años veinte y treinta del siglo pasado estudios sobre el “imperialismo americano”, dedicando obras a varios países de América Latina (República Dominicana, Cuba y Puerto Rico, entre ellos), y que escrutó empresas latifundistas, mineras y bancarias.

En su rastreo, Solano Martino destaca las modificaciones que con el correr del tiempo sufrió el estudio de las multinacionales estadounidenses. Inicialmente, sus énfasis eran los temas económicos, así como las repercusiones sociales y políticas del establecimiento de tales empresas en América Latina. Hacia los años cincuenta-setenta, las nuevas teorías económicas y políticas —como la “escuela de la dependencia” o las “teorías de la modernización”— comenzaron a irradiar dichas investigaciones. Más recientemente, hacia los años ochenta y noventa del siglo XX, hubo modificaciones adicionales, impulsadas por las corrientes intelectuales e historiográficas que, en esas décadas, promovieron tendencias como los Estudios Culturales y la Historia Cultural. En tales trabajos se abordan, por ejemplo, las modificaciones que esas empresas han inducido en las manifestaciones culturales de los trabajadores, o los choques generados por las divergencias entre la cultura popular local y los esquemas organizativos impuestos por las empresas. Por otro lado, las aproximaciones a las clases subalternas se ha complejizado ya que a las tradicionales

miradas sustentadas en la categoría de “clase social” —criterio eminentemente económico—, se han añadido variables de análisis como el género, y la raza/ etnicidad. Asimismo, se han escrutado las representaciones y los imaginarios culturales de esos sectores sociales, lo que ha conllevado escudriñar sus “resistencias” a las empresas multinacionales.

Así que estas nuevas investigaciones han imprimido un nuevo sello a los trabajos históricos sobre las multinacionales en América Latina. Asimismo, han contribuido a transformar las metodologías, las técnicas de investigación y los fundamentos conceptuales y heurísticos de los historiadores. Por ejemplo, dado el caso de que las clases subalternas usualmente generan escasas fuentes documentales, ello ha movido a los historiadores a explorar otros tipos de fuentes. Entre las más promisorias se encuentran los testimonios orales, que con frecuencia ofrecen información y perspectivas ausentes en las fuentes más convencionales, como las fuentes escritas. De igual modo, los esfuerzos por aquilatar cabalmente las aportaciones de esas fuentes no convencionales han llevado a los historiadores a acercarse a las técnicas y las propuestas conceptuales de otras disciplinas, como la Antropología, los Estudios Culturales o hasta la Literatura. Y todo esto ha enriquecido de forma notable el trabajo de los historiadores y sus investigaciones. Como evidencia de ello se puede mencionar *To Lead as Equals*, de Jeffrey Gould, que estudia las clases trabajadoras y campesinas en Nicaragua durante el somozismo y cómo sus modestas luchas fueron transformando

sus concepciones políticas. Obras como ésta son sintomáticas de las transformaciones que, a lo largo de la centuria pasada, sufrieron las investigaciones sobre las compañías multinacionales efectuadas por los mismos historiadores estadounidenses.

Por restricciones de espacio, resulta imposible abordar otros aspectos del libro comentado. Apenas querría señalar que la autora tiene presente cómo las condiciones históricas particulares incidieron sobre la evolución de la historiografía estadounidense sobre América Latina. Entre tales factores sobresalen, por supuesto, las posiciones que a lo largo del tiempo han desempeñado los Estados Unidos en el entramado internacional. La época que comprende las dos Guerras Mundiales, así como el periodo de la Guerra Fría resultaron determinantes, por razones más que comprensibles, en los temas, los enfoques, las teorías y hasta las metodologías que signaron las obras históricas. En ello incidieron, asimismo, los procesos internos de la sociedad estadounidense, como las luchas por los derechos civiles de las minorías étnico-raciales, en las que desempeñaron papeles protagónicos los afroamericanos. Como nota al calce, cabe señalar que durante los años de auge de esas luchas ocurrió un verdadero “boom” en las investigaciones sobre la esclavitud y sus repercusiones sobre las relaciones raciales en las Américas. En esa eclosión, los historiadores estadounidenses desempeñaron verdaderos roles estelares. Asimismo, el auge de las luchas sociales en los países del llamado Tercer Mundo —en las cuales los movimientos agrarios fueron cruciales— explican en gran medida el interés

que emergió en los Estados Unidos, en las décadas de 1960-1980, en torno a la historia de los campesinos y los trabajadores del campo. No en balde se publicó entonces la que, durante años, fue posiblemente la obra histórica sobre América Latina más nombrada en el mundo académico occidental. Me refiero, por supuesto, a *Zapata and the Mexican Revolution*, del historiador estadounidense John Womack. Esta obra, como he argumentado en mi estudio sobre ella, encarna la paradoja de que, si bien representa magistralmente un movimiento popular mexicano, por otro lado, está arraigada en las realidades sociales de Oklahoma, el estado natal de su autor, así como en la investigación previa que había efectuado Womack en torno a los movimientos agrarios en su lar nativo. En tal sentido, dicha obra es emblemática de ese rasgo inherente a la historiografía estadounidense sobre América Latina. Ella, ciertamente, contribuye decisivamente a la comprensión de los países de esta región, pero eso no obsta para que esta rica y compleja tradición intelectual también posea sus “coartadas”, como el hecho de que, como toda historiografía, también esté afincada en las realidades más inmediatas de sus autores, respondiendo a los dilemas de sus sociedades, sus culturas, sus tiempos; es decir, de sus respectivas “historicidades”.

Por su potencial de ofrecer reflexiones en torno a esa intrincada relación entre el estudio del pasado y las inquietudes del presente, considero crucial alentar las indagaciones críticas sobre esa “mirada de miradas” que es el estudio teórico de la historiografía. Es esta, precisamente, la cuestión central del Sillares, vol. 3, núm. 6, 2024, 209-219
DOI: <https://doi.org/10.29105/sillares3.6-111>

libro de Solano Martino. Este tipo de aproximación, que cruza fronteras y que sugiere perspectivas “transversales”, ajenas a las sofocantes y, con frecuencia, simplificadoras visiones nacionalistas, contribuyen a que veamos con otros ojos y con miras más amplias el mundo contemporáneo, constituido por una, cada vez más apretujada, “aldea global”.

Pedro L. San Miguel

Universidad de Puerto Rico-Río Piedras

San Juan, Puerto Rico

orcid.org/0000-0003-4298-571X